

POBLACIÓN Y MISIONES DE BAJA CALIFORNIA EN 1772. UN INFORME DE FRAY JUAN RAMOS DE LORA

por Ignacio DEL RÍO

La historia de las misiones bajacalifornianas puede dividirse en tres periodos, determinados por la presencia de otras tantas agrupaciones religiosas que, en mayor o menor grado, impusieron su sello propio a la organización y la vida misionales. Primero fueron los jesuitas (1697-1768) los que tomaron a su cargo las tareas de evangelización de los pueblos californios; luego, tras el extrañamiento de la Compañía, las misiones fueron encomendadas a los padres franciscanos del Colegio de San Fernando de México (1768-1772),¹ los que, a su vez, fueron sustituidos por misioneros dominicos (1772-1833)² cuyo primer contingente vino directamente de España. Al segundo periodo, el franciscano, corresponde el documento al que estas páginas sirven de introducción.

Dos circunstancias explican la brevedad temporal de la actividad misionera franciscana en aquella apartada provincia del virreinato novohispano: el inicio de la conquista y colonización de la Nueva o Alta California (1768) y la insis-

¹ Antes que los fernandinos, estuvieron unos cuantos meses en la península los padres observantes de la Provincia de Santiago de Jalisco, los que finalmente fueron destinados a las misiones de Sonora. Vid. F[rancisco] Palou, *Noticias de la Nueva California*, 2 v., México, Imprenta de Vicente García Torres, 1857 (Documentos para la Historia de México, Cuarta Serie, VI y VII), I, 16 y ss.

² Los primeros dominicos llegaron, en efecto, el 14 de octubre de 1772; mas la entrega formal de las misiones se hizo hasta el mes de mayo del año siguiente. Cfr. Palou, *op. cit.*, I, 207 y 217-9.

En cuanto a la terminación del periodo dominico hemos señalado el año de 1833, porque en él fue decretada por el gobierno federal la secularización de las misiones californianas que para entonces subsistían. Por lo que se refiere a la Baja California, el régimen misional no desapareció de pronto. Diversas disposiciones gubernamentales, algunas de ellas contradictorias, lo hicieron pervivir en forma irregular por varios años. Vid. Ulises Urbano Lassépas, *Historia de la colonización de la Baja California*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1859, 250 p., *passim*. En 1854, el vicario capitular Juan Francisco Escalante declaró cesantes a los últimos dos dominicos que permanecían en la península, los padres fray Tomás Mansilla y fray Gabriel González, los que en febrero del año siguiente salieron rumbo a su convento de México. Zephyrin Engelhardt, *The Missions and Missionaries of California*, 2nd. ed., 4 v., Santa Bárbara, Misión de Santa Bárbara, 1929, I, 690 y ss.

tente solicitud de los frailes dominicos, hecha a través de su procurador fray Juan Pedro de Iriarte y Lurnaga, para conseguir que se les asignaran por lo menos algunas de las misiones que habían dejado los padres expulsos en la California peninsular.³ Lo primero suministró la solución para lo segundo. Asegurado, con la nueva conquista, un promisorio campo para su labor, los fernandinos admitieron, sin mayores reparos, transferir las viejas misiones californianas a la Orden de los predicadores.⁴

La efímera permanencia de los franciscanos en la Antigua o Baja California no tuvo la espectacularidad que caracteriza la obra misional que, bajo la guía del célebre mallorquín fray Junípero Serra, realizaron los frailes menores en tierras neocalifornianas, escenario de la última gran expansión española en la América del Norte. Las circunstancias fueron, en uno y otro caso, diferentes, pues si a la California Nueva, pródiga en recursos naturales y poblada entonces por numerosos grupos indígenas, llegaron en calidad de fundadores, a la California Antigua asistieron para hacerse cargo de una situación establecida y afrontar no pocos problemas de ya larga persistencia, suma gravedad y difícil solución, como el de la pobreza general de los establecimientos misionales o el del acabamiento de la población nativa. Sin grandes arrebatos de entusiasmo, por cierto, pero con un interés que no puede ser ignorado, se dedicaron durante su corta estancia en Baja California a conservar lo que era posible evitar que se perdiera.

La llegada de los franciscanos a la península bajacaliforniana coincidió con la del visitador general José de Gálvez, personaje representativo de la burocracia ilustrada, enérgico, emprendedor, inflamado de espíritu reformista y dispuesto a hacer prevalecer los derechos que reclamaba la Corona en nombre del regalismo. Investido de una autoridad omnímoda, dicho funcionario realizó una labor tan drástica como ineficaz. Señaló las directrices del nuevo gobierno, dispuso el reparto de tierras, reacomodó a la población indígena, expidió un reglamento de jornales, dictó providencias para favorecer las industrias y el comercio, arregló lo relativo a la hacienda pública y se marchó

³ La solicitud de Iriarte, fechada en Madrid, 24 julio 1768, se encuentra en el Archivo General de Indias, *Guadalajara* 418. Vid. Francis F. Guest, *Fernín Francisco de Lasuén (1736-1803). A Biography*, Washington, D. C., Academy of American Franciscan History, 1973 (Publications of the Academy of American Franciscan History, Monograph Series, IX), p. 46.

⁴ Pocos deseos deben haber tenido los fernandinos de conservar las misiones de la Baja California, a juzgar por la prisa con que las cedieron. Palou dice que la noticia de que se había celebrado el convenio con los dominicos para transferirles las misiones, fue recibida en la península "con repique de campanas y con una misa cantada, dando gracias a Dios por ello". *Op. cit.*, I, 200.

creyendo que dejaba asegurada la felicidad de los californios.⁵ Pronto el desarrollo de los hechos demostró la inoperancia de las disposiciones del visitador.

Como reacción a lo que había sido, en manos de los jesuitas, un régimen misional exclusivista, el de los franciscanos se vio desde un principio sometido a una serie de restricciones impuestas bajo la idea de no permitir que el grupo misionero tuviera otro poder que el derivado estrictamente de sus funciones religiosas.⁶ Con tal propósito se pretendió dejar la administración de los bienes temporales de las misiones al cuidado del personal militar, como había quedado por necesidad a la salida de los padres ignacianos; pero no corrió mucho tiempo sin que se pusiera en evidencia lo desacertado y peligroso de la medida. Las tierras dejaron de cultivarse, el ganado se sacrificó sin control alguno, se desatendieron los trabajos de conservación y todo hubiera terminado en la más completa ruina de no haberse reparado a tiempo en el error y tomado las providencias para enmendarlo.⁷ El temor había sido de todas suertes infundado, pues cuando se restituyó a los padres en el manejo de las temporalidades quedó claro que todo podía crearse allí menos un emporio económico.

Pero, ¿cuál era la situación de aquella desdichada provincia, que tan lejos estaba de poderse resolver? Sin duda que las principales limitaciones las imponía el medio natural. La falta de agua, por ejemplo, fue factor que restringió el desarrollo de las actividades agropecuarias y causa de que las misiones arrastraran un déficit crónico en su producción, que las hizo depender de las importaciones de grano, siempre insuficientes, irregulares y expuestas a múltiples contingencias. La gravedad del hecho saltará a la vista si se toma en cuenta que los establecimientos misionales debían proporcionar ocupación y sustento al indio para que éste pudiera abandonar los montes y reducirse a

⁵ Sobre estos aspectos de la actuación de Gálvez, vid. Ignacio del Río, "Los sueños californianos de don José de Gálvez", *Revista de la Universidad de México*, v. XXVI, núm. 5, enero 1972, p. 15-24.

⁶ Tales directrices políticas partían de las más altas esferas de gobierno. El rey mismo, en su real cédula del 8 de abril de 1770, expresó que accedía a que los dominicos compartieran con los franciscanos las misiones californianas por no "convenir a su real servicio que una sola religión, y mucho menos un convento o colegio, ocupe una península tan dilatada como es la California". Palou, *op. cit.*, I, 186.

⁷ Se contaban por cientos los animales, propiedad de las misiones, que sacrificaron los militares comisionados durante los seis o siete meses de su administración; hubo un soldado que sacrificó en ese lapso seiscientas cabezas de ganado mayor. Gálvez, al saber de estos abusos, escribió a fray Francisco Palou las siguientes líneas: "Me duele mucho ver el destrozo que antes de mi venida se ha hecho de los ganados de las pobres misiones para destruirlas más de lo que estaban y darme más qué hacer ahora; pero yo cortaré bien el daño en la raíz para lo venidero." Citado por Palou, *op. cit.*, I, 32. Efectivamente, el 12 de agosto de 1768 publicó Gálvez el decreto por el que mandó que los bienes temporales de las misiones quedaran nuevamente bajo la administración de los religiosos.

vivir en pueblos. Sin poder satisfacer cabalmente esta exigencia, los jesuitas habían adoptado un método de visitas alternadas, según el cual las rancherías indias comarcanas concurrían por turnos y sólo por unos días a sus respectivas misiones. Este procedimiento, de consecuencias harto desfavorables para el indígena por los bruscos cambios de todo orden a que lo sometió, continuó aplicándose en tiempos de la administración franciscana, al menos en algunos de los centros misionales, por las mismas insuperables razones por las que había sido originalmente implantado. Con ello, la verdad es que se redujeron sensiblemente las posibilidades de que el sistema misional cumpliera su función integradora.

Asimismo desde la época jesuítica se había iniciado una dramática disminución de los pueblos aborígenes, a causa, en buena parte, de las enfermedades infecciosas introducidas por los españoles. En cierta forma, la civilización llevada por los misioneros y la consiguiente ruptura del equilibrio entre formas culturales y medio natural que habían logrado establecer los californios como resultado de un proceso milenario de adaptación, obraron también como factores causales del descenso de población, aunque sus efectos en este sentido son difícilmente cuantificables. El hecho patente fue, de cualquier modo, el del abatimiento de los índices demográficos. Habiendo tenido una población autóctona que se calcula estaba formada por unos 40 000 indios californios, a la salida de los jesuitas sólo se contaban entre los aborígenes 7 149 individuos de ambos sexos, incluyendo en el cómputo hasta a los recién nacidos.⁸ Una epidemia que sobrevino en 1769 hizo descender a 6133 almas el volumen de la población indígena.⁹

Los jesuitas no habían en modo alguno favorecido la inmigración de colonos, por considerar que así, al mantener en aislamiento a la comunidad misional, la ponían a cubierto de los excesos a que propendían el español y el mestizo.¹⁰ Mas tampoco era aquélla una provincia que ofreciera por sí mayo-

⁸ Sobre el problema del descenso demográfico en Baja California pueden consultarse los siguientes estudios: S[herburne] F. Cook, *The Extent and Significance of Disease among the Indians of Baja California, 1697-1773*, Berkeley, University of California Press, 1937, ü-39 p. (Iberoamericana, 12); Homer Aschmann, *The Central Desert of Baja California and Ecology*, Berkeley and Los Ángeles, University of California Press, 1959, 315 p. (Iberoamericana, 42); y Ernesto Lemoine, "Evolución demográfica de la Baja California", *Historia Mexicana*, v. IX, núm. 2, octubre-diciembre 1959, p. 249-268, y "Reseña histórico-demográfica de Baja California durante la época colonial", *El México antiguo*, t. IX, 1961, p. 589-630.

⁹ *Informe reservado del gobernador Matías de Armona al virrey Marqués de Croix*, México, 2 enero 1771, Archivo General de la Nación, México (AGNM en adelante), *Historia* 430, f. 8 v.

¹⁰ Dice al respecto uno de los cronistas jesuitas: "Otro bien no pequeño consiguió el padre [Juan María de Salvatierra, fundador de las misiones californianas] . . . y fue que no pasase a Californias gente forastera de la otra banda. Ésta es la que en las misiones de tierra firme suele

res incentivos a la colonización, según se puso de manifiesto más adelante. Aun después de que Gálvez procuró instrumentar una política de puertas abiertas, con dotaciones de tierras y solares para los pobladores, no llegó a incrementarse el número de colonos, que, antes bien, disminuyó con los enganches que se hicieron para las expediciones de la Nueva California. De origen español habría, por aquellos años, acaso un medio millar de individuos.

Una población aborígen que declinaba incesantemente y una exigua colonia de “gente de razón”, como se estilaba decir, que permanecía de hecho anquilosada, sin poder aquélla trasponer definitivamente las fronteras de la vida nómada ni tener ésta otro aliciente que el de poder algún día abandonar esa especie de retiro a que estaba reducida, apartadas una de otra y desposeídas ambas hasta de los medios más necesarios para la subsistencia, eran los dos componentes de una sociedad, esta bajacaliforniana, sin alternativas históricas inmediatas. En tales circunstancias es obvio que ni los franciscanos, en la parte que les correspondía, ni las autoridades civiles, en lo que era de su competencia, estuvieran en aptitud de superar la fatalidad que pesaba sobre la más antigua de las Californias. Llegado el momento en que los ministros de la Orden de San Francisco debieron ser relevados en el gobierno de las misiones peninsulares, las cosas no podían sino continuar en el mismo proceso de decadencia.

De las condiciones en que se encontraba la Baja California en las postrimerías del periodo franciscano, da cuenta y razón el documento que páginas adelante se publica. Trátase de un informe de fray Juan Ramos de Lora, formulado a solicitud expresa del virrey Bucareli y suscrito en la ciudad de México el 11 de abril de 1772. Se habían efectuado para esa fecha varios de los trámites relacionados con la transferencia de las misiones, e incluso se habla firmado ya el concordato que señalaba los linderos de las zonas de evangelización;¹¹ de ahí que el documento sea en cierta forma una memoria de lo que los franciscanos se disponían a entregar a sus sucesores. El lector acucioso encontrará además en este escrito un balance implícito de la administración que llegaba a su término.

Sus bien definidos propósitos no impidieron que el autor trazara aquí un cuadro completo y ordenado de la vida bajacaliforniana. Siendo en términos generales un recorrido descriptivo por las misiones próximas a entregarse, el

causar tanto daño en los indios, inquietándolos, alborotándolos y enseñándoles la borrachera y otros muchos vicios.” Miguel Venegas, *El apóstol mariano. Vida admirable del V. P. Juan María de Salvatierra, conquistador apostólico de las Californias*, Ms. existente en AGNM, *Historia* 300, f. 299. Tal actitud, por otra parte, no se redujo, en América, al ámbito de California ni fue exclusiva de misioneros jesuitas.

¹¹ El concordato se firmó el 7 de abril de 1712: lo transcribe Palou, *op. cit.*, I, 187-9.

informe se ocupa también de la situación en que se hallaban los escasos y dispersos núcleos de pobladores de origen español; no falta el comentario a veces reiterativo de los problemas generales de la provincia y de los que en particular afectaban a cada uno de los lugares descritos. Ha de añadirse que a la presentación sistemática del asunto, el documento suma el mérito de la concisión.

Quien nos ha dejado este valioso manuscrito es, por su parte, un informador fehaciente. Bien debió nuestro autor cuidarse de no incurrir en inexactitudes toda vez que su dicho sería pronto sujeto a comprobación por los padres dominicos que se aprestaban para asumir el gobierno de las misiones. Se advierte, sí, en el escrito un tono de escepticismo que contrasta con la confianza de que participaban los franciscanos en los primeros tiempos de su permanencia en Baja California, cuando aún no habían tenido ocasión de desalentarse.¹² La situación no era para menos, según apreciará el lector. En el texto que aquí se transcribe puede claramente percibirse la depresión general de la provincia, su penuria, sus ingentes necesidades y la ninguna esperanza que había de remediarlas. El indio continuaba, como años atrás, en la más completa indigencia, con un pie puesto en el nomadismo y otro en la vida sedentaria, tratando en vano de escapar de su inminente extinción aun mediante el extremo recurso de hacerse a la mar en embarcaciones deleznable para tratar de alcanzar la contracosta. Esfumada la esperanza de la minería, el colono, a su vez, se hallaba aislado y empobrecido; sin medios de vida, cayendo paulatinamente en una economía de subsistencia, había perdido todo contacto con el exterior y permanecía prácticamente confinado en aquella provincia casi insular, como un mero guardián de la tierra. La península misma no era para este tiempo sino un territorio marginal, que sólo interesaba en la medida en

¹² En un principio confiaban los franciscanos en que pronto y sin mayores problemas lograrían tener a todos los indios californios viviendo "bajo campana", es decir, reducidos a la vida sedentaria. Muestra de ello es el siguiente párrafo de un informe de Palou al comisario general fray Manuel de Nájera: "Habiendo el señor visitador general [José de Gálvez] visto por los padrones e informes de todos los Padres Misioneros que los indios de todas las misiones, incluyendo hasta los recién nacidos y bautizados, no eran más que siete mil ciento cuarenta y nueve, y que éstos estaban tan mal repartidos que en las misiones que carecían de tierras y aguas tenían muchas familias y al contrario las que abundan en tierras carecían de ellos, precediendo informe de los padres misioneros sobre qué familias podría mantener cada misión según la tierra que posee, dio la providencia de arreglar las misiones, con el orden apretado de que todos viviesen bajo la campana y no en los montes como fieras, como hasta aquí han vivido. Cuya providencia en la mayor parte queda practicada con feliz éxito y se va continuando lo demás que falta, sin que hasta la presente haya habido la menor repugnancia en sacarlos de su fe." Tomamos el texto de Lino Gómez Canedo, "Informe franciscano sobre misiones jesuíticas en Baja California", *Historia Mexicana*, v. XIX, núm. 4, abril-junio 1970, p. 570.

que seguía siendo obligado lugar de paso en la ruta para los prósperos centros de la otra California.

Fray Juan Ramos de Lora, nuestro informante, supo de todo esto por experiencia directa. Casi cuatro años había pasado en Baja California en calidad de ministro de una de sus misiones,¹³ la de Todos Santos o Nuestra Señora del Pilar,¹⁴ situada al sur de la península, hacia el Pacífico. Inútilmente pretendió alguna vez que se le destinara a los establecimientos de la Alta California, persuadido de que era bien poco lo que podía hacerse en las misiones meridionales.¹⁵ Denegada su petición, hubo de permanecer el Todos Santos casi todo el tiempo de su estancia en Baja California, tal parece que muy a su pesar, según se deduce de los constantes esfuerzos que hizo para conseguir su remoción. Debido seguramente a las continuas desavenencias que tuvo con los indios que estaban a su cargo, pidió con insistencia, aunque en vano, que la misión que atendía fuera secularizada. En cierta ocasión se ofreció a llevar él mismo un memorial que dirigía el padre presidente de las misiones bajacalifornianas, fray Francisco Palou, a José de Gálvez, de paso entonces por Sonora, tan sólo para tener oportunidad de tratar el caso de Todos Santos con quien era a la sazón el árbitro supremo de los asuntos de las Californias.¹⁶ Hizo la travesía del golfo, arribó a las costas sonorenses, pero no logró entrevistarse con el visitador, que emprendía ya su viaje, finalmente fallido, hacia Chihuahua.¹⁷ Sin conseguir pues sus propósitos, el franciscano regresó a la península y a su misión, en donde se instaló nuevamente hasta ser sustituido por fray Marcelino Senra, a quien luego asistió, como compañero, fray Miguel Sánchez.¹⁸ Todos Santos se había convertido ya en una especie de molesta carga para los misioneros, de tal suerte que Palou y Ramos de Lora decidieron de consuno ceder dicha misión al gobernador Felipe Barry, para que,

¹³ Llegó a la península el Viernes Santo 1º de abril de 1768 y salió de ella el 15 de enero de 1772. Antes había sido misionero en Sierra Gorda.

¹⁴ La duplicidad de nombres se debe a que la original misión de Nuestra Señora del Pilar de la Paz, situada en el litoral del golfo, dejó de existir hacia 1748, siendo trasladados sus indios a la de Todos Santos.

¹⁵ José de Gálvez fue quien se opuso a que el misionero abandonara el establecimiento que se le había asignado; "nunca me parecerá acertado -escribió el visitador a fray Junípero Serra, refiriéndose a la petición de Ramos de Lora- que este padre deje ahora la misión de Todos Santos, porque, poblada competentemente, es la más importante de toda la California por su fertilidad, y se necesita de un ministro tan hábil y práctico como el que tiene para que la haga florecer . . ." *Carta de Gálvez a Serra*, Real de Santa Ana, 22 julio 1768, publicada en Lino Gómez Canedo, *De México a la Alta California. Una gran epopeya misional*, México, Editorial Jus, 1969 (Col. México Heroico, 103), p. 4.

¹⁶ Palou, *op. cit.*, I, 77.

¹⁷ *Ibid.*, I, 79.

¹⁸ Engelhardt, *op. cit.*, I, 442-3.

previo traslado de sus indios a las misiones del norte, se poblara el sitio con vecinos españoles. El gobernador se negó, aduciendo que no tenía autorización superior para llevar a efecto un cambio tal.¹⁹ A mediados de enero de 1772 Ramos de Lora abandonó la península con destino a la ciudad de México, en donde debería informar a los superiores del Colegio de San Fernando sobre la situación de las misiones bajacalifornianas. No es de extrañar que, al requerir el virrey información precisa sobre la California peninsular y sus misiones, “con lo demás que ocurre en aquellas partes”, se haya pensado en Ramos de Lora como la persona indicada para proporcionarla.

Digamos para finalizar esta nota introductoria que el texto del documento que en seguida vamos a transcribir no es inédito. Hace varios años fue publicado en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, en la ciudad de México, aunque atribuyéndolo erróneamente al Marqués de Sonora, o sea a José de Gálvez.²⁰ La edición se hizo con base en una copia existente en el máximo repositorio documental mexicano, a la que el copista, no sabemos por qué razón, puso la cabeza siguiente: “Ynforme que dio el Exmo. Señor Marqués de Sonora quando estuvo en Californias al Exmo. Señor Virrey de México Marqués de Croix, manifestando lo que son dhas. California.”²¹ De ahí el equívoco del editor, que ha trascendido a algunas obras más recientes,²² no obstante ciertos datos reveladores que aparecen en el texto, como es el de la fecha en que el autor afirma que salió de la Baja California.²³ Tomar como afirmaciones del ilustrado Gálvez, el que llegara a ser ministro universal de Indias, las que en verdad se deben al franciscano Ramos de Lora, que a la postre sería el primer obispo de Mérida de Maracaibo, Venezuela, y fundador de la universidad de ese mismo lugar, puede conducir a erróneas conclusiones, como de hecho ha ocurrido.

Rectificar esa falsa atribución, publicar puntualmente el escrito original de Ramos de Lora, que calzado con su firma se encuentra en el Archivo General de la Nación, en México, D. F.,²⁴ y contribuir por último a que se difunda este

¹⁹ *Ibid.*, I, 452-4.

²⁰ *Boletín del Archivo General de la Nación*, t. IV, núm. 6, México, noviembre-diciembre 1933, p. 806-832.

²¹ Dicha copia se encuentra en AGNM, *Documentos para la historia de México, Segunda serie*, t. 3, f. 1-20v.

²² *Vid.*, por ejemplo, Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California*, 2ª ed., México, Editorial Baja California, 1961, p. 266-271.

²³ En efecto: al iniciar su exposición el autor dice que salió de California “el día 15 de enero de este corriente año de 72”. Gálvez, por su parte, había dejado la península desde el 1º de mayo de 1769.

²⁴ AGNM, *Misiones* 12, f. 112-127v.

interesante testimonio sobre una provincia marginal del imperio español, son las razones que nos han llevado a preparar esta edición.

Para la más fácil lectura del documento hemos modernizado su ortografía y puntuación, teniendo el cuidado de no introducir en ningún caso alteraciones fonéticas.

*Informe de fray Juan Ramos de Lora
al virrey Bucareli sobre el estado de las misiones
de Baja California en el año de 1772¹*

Excelentísimo Señor:

En virtud de lo que Vuestra Excelencia fue servido ordenarme le informe con la ingenuidad y verdad que me corresponde, del estado y forma en que al presente se halla la provincia de California, las misiones que en ella existen, con lo demás que ocurre en aquellas partes que juzgue ser digno de la atención de Vuestra Excelencia, obedeciendo a su respectable orden y superior mandato con la sumisión que debo, omitiendo menudencias y circunstancias que no juzgo ser para el intento de Vuestra Excelencia de precisa consideración, con la ingenuidad y sinceridad que debo y con la claridad y verdad que me es posible por no molestar la alta atención de Vuestra Excelencia, digo: que el estado en que quedaba toda la California en general al tiempo de mi partida de ella para esta corte, que fue el día 15 de enero de este corriente año de 72, era bastante trabajoso y desdichado así por las grandes escaseces de bastimentos que allí se padecía, como por la de ropas y lo demás necesario que para la subsistencia de las misiones, soldados y demás habitantes del país se estaba experimentando.

1º

Como toda la península precisamente necesita para su subsistencia de los socorros que le entran de fuera de maíces y los demás necesarios bastimentos, por no ser bastantes los que se pueden cosechar en las misiones por la corteidad de las siembras que en ellas pueden hacerse, así por la falta general de las aguas para el riego (pues las lluvias en aquel país no son suficientes ni a tiempo correspondiente), como por las escaseces de tierras útiles para el cultivo, y habiéndose en este año pasado desgraciado las cortas cosechas que en las mi-

¹ Sobre la localización del documento, *vid. supra* nota 24 de la introducción.

siones (que es la única parte en que allí se siembra algo) se podía haber alzado, ya por la plaga de langosta que es tan ordinaria en dichas partes, ya por otros accidentes, reteniéndose y retardándose las embarcaciones en el transporte de granos y bastimentos a la península (como ha sucedido), han sido muchas las escaseces y necesidades que se habían padecido y se quedaban experimentando al tiempo de mi salida y especialmente en el Departamento del Sur. Y aunque en casi toda la California y especialmente en este Departamento del Sur hay mucho ganado vacuno alzado o mesteño² que se pudiera coger de él y con sus carnes (que son muy buenas) suplir en parte la falta que se padece de los otros bastimentos, como en los tiempos pasados en semejantes aprietos se ha hecho y verificado, en la presente constitución no es fácil de practicar esta misma diligencia por la falta general de cabalgaduras que en toda la península se experimenta, y especialmente por la de los caballos, tan necesarios para poder coger a las carreras el sobredicho ganado, como es forzoso se haga.

Es bien notorio y sabido que a esta península siempre ha sido necesario el transportar de las costas de Sinaloa y Sonora (en embarcaciones) las caballerías necesarias para los trajines y urgencias de la provincia, por no haber tenido hasta ahora pie bastante, ni las misiones ni los particulares de ella, para la cría de estas especies en número suficiente, por lo ingrato del país y poco a propósito que es para este efecto; y como en estos años antecedentes han cesado totalmente los transportes de dichas caballerías y al mismo tiempo se han sacado tantas de ellas para las expediciones de San Diego y Monte-Rey, así de los particulares vecinos como de las misiones, pues de éstas solamente para dar principio a las mencionadas expediciones (fuera aparte de otros muchos efectos y utensilios de bastante consideración que se sacaron de ellas) se sacaron también (sólo en esta primera vez) más de doscientas cabalgaduras caballos y mulares, lo que sirvió de bastante desavío y de atraso a las misiones, y como a éstas no se les han reemplazado, como se prometió entonces, antes por el contrario, ha sido después forzoso socorrer, con otras de las que habían quedado, las dichas expediciones, por lo que ha hecho su falta más sensible y se ha reconocido más el atraso en todas partes,³ así por lo que dejo insinuado

² Aquí, según uso generalizado en la época, mesteño significa montaraz.

³ Efectivamente: al preparar, en 1768, las expediciones que habrían de dirigirse al norte, a la conquista de la Alta California, se dispuso sin medida alguna de los bienes de las antiguas misiones; por órdenes del visitador Gálvez se extrajeron bestias, aparejos, utensilios y víveres, pagándose solamente en efectivo el importe de las provisiones de boca; lo demás se prometió devolverlo en especie, sin que jamás se cumpliera esta promesa. De las iglesias se llevaron asimismo ornamentos, alhajas y vestiduras. *Cf.* Palou, *Noticias . . .*, p. 43-56.

de poder hacer las matanzas del ganado, como para que se puedan proveer de las necesarias y precisas a los soldados y urgencias que en la tierra se ofrecen.

La escasez de reales que en la California se ha estado experimentando y lo poco surtidos que han estado los dos almacenes reales que quedaron establecidos en ella de ropas y otros efectos y utensilios necesarios, se ha hecho en la tierra muy sensible, ya porque por esta falta no se les podía hacer los pagamentos de sus sueldos a los soldados ni a los operarios que trabajaban las minas que de cuenta de el rey, nuestro señor, se estaban beneficiando, ni a los marineros, oficiales y sirvientes les podían dar sus salarios ni aviarlos con las ropas necesarias y precisas para vestirse, ni a sí ni a sus familias, lo que también experimentaron las misiones, que han dado de sus frutos a los dichos almacenes, que no habiendo en ellos ni reales con que pagarlos, ni ropas que poder dar a los indios, ni herramientas ni otros utensilios de los precisos y necesarios, ni de donde proveerse en toda esta provincia de estas cosas tan precisas, era necesario se sintiese esta falta en todas partes: en los indios de las misiones, porque los padres misioneros no les podían asistir con los socorros ordinarios de ropas para vestirlos, ni el sustento acostumbrado y otros agasajos y donecillos que se les solían dar, de lo que se han sentido y mostrado descontentos, por lo que se han manifestado poco atentos y obedientes, inquietándose unos y demasiándose otros, porque dicen que los hacen trabajar y no para su provecho, de lo que se ha originado de que algunos de ellos estén exasperados y inquietos; en los soldados, gente de trabajo y demás vecinos de la provincia, e porque no les acudían con sus pagas o porque a cuenta de ellas no les proveían de lo que necesitaban, o tal vez porque les daban lo que ellos no querían ni pedían a cuenta de ellas ni habían menester, y todo a precios muy subidos y excesivos, pues aun de los géneros estancados aquí es su precio al doble que en otras partes del reino, como en el tabaco y poco menos la sal, de que hay tanta abundancia en la provincia; o porque no hallan forma de poder en esta tierra remediar sus graves necesidades pues aun está prohibido a los marineros y a los demás que vienen de la otra banda poder traer a la tierra encomiendas que les hagan de ropas ni otras cosas, ni para surtirse a sí y aviar a sus familias. Se ha seguido el que muchos se haigan mostrado quejosos y entre ellos se haigan notado algunos sospechosos movimientos, especialmente entre la gente operaria y de trabajo que de indios y de razón se había traído involuntaria de las provincias de Sinaloa y otras partes para las labores de las minas y otros ejercicios, a quienes se les juntaban otros de los que estaban antes establecidos en la tierra, todos los cuales, no obstante que penetrado su designio los procuraban aquietar y sosegar ya con amenazas y ya con algunos

leves castigos que se hicieron en algunos, pero no fueron bastantes estas diligencias para que muchos de ellos, despechados, no se arrojasen a el mar en unas balsas que hicieron y en una canoa vieja que ellos mismos, a escondidas aliñaron, en la que hicieron fuga como unas treinta personas de hombres y mujeres, los que tuvieron fortuna, así unos como otros, de hacer la travesía de el Golfo y tomar puerto en las costas de Sinaloa; y aunque también otros lo intentaron, con la noticia que se tuvo se les pudo impedir.

Por estas fugas que han hecho, por la mucha gente que se ha sacado de la tierra para las expediciones de San Diego y Monte-Rey y para proveer las embarcaciones, y por las enfermedades que aquí se han padecido de que han muerto muchos, se ha quedado la provincia escasísima de gente, y como han corrido las noticias por las provincias cercanas del estado en que se halla la península al presente y de las necesidades que se padecen en ella, y el temor de que a los que pasan a esta tierra los cogen para soldados y mandan a San Diego y Monte-Rey o los aplican a los trabajos del rey, negándoles las licencias para volverse a sus tierras, quedando por mucho tiempo esclavizados allí y privados de poder juntarse con sus familias (como les subcede a muchos), se han detenido en venir y pasar a esta tierra a trabajar, como solían de antes, y hacer otras diligencias.

Por esta notable falta, con mucha dificultad se encuentra en esta tierra algún sirviente que poder asalariar; no se halla un vaquero, un arriero ni gente que trabaje en las labores ni de quien poder valerse en las precisas urgencias, falta que igualmente experimentan no sólo los vecinos del país sino también las misiones, que se hallan precisadas por la rudeza y inutilidad y desidia de los indios [a] echar mano y valerse de personas de razón que los enseñen e industrien en el trabajo y labores, que cuiden de los sembrados y bienes de las misiones, especialmente del campo, y de otros asalariados más hábiles y cuidadosos que [lo que] son regularmente los indios, para que sirvan de vaqueros, de arrieros y en otros ejercicios que a los indios por sí solos no se les puede fiar. Éste es el estado, en resumen, en que por lo general se halla la California y lo que en ella hasta el presente se ha estado experimentando.

2º

Por lo respectivo en particular a pueblos que se hallen en la provincia, fundados y establecidos, es constante que, fuera de las misiones, en toda su extensión no subsiste pueblo alguno, pues aunque en estos años pasados se dispuso y proyectó que en una hacienda de campo intitulada Santa Ana (que era de

un particular vecino de la provincia)⁴ se estableciese y situase una villa, y en el cabo de San Lucas y en el puerto de La Paz también se hiciesen otros establecimientos de gente de razón, españoles y soldados, hasta la [época] presente no se ha verificado lo proyectado v dispuesto. Es cierto que en el puerto de La Paz y también en el cabo de San Lucas, en cada una de estas partes se llegó a comenzar la fábrica de unos jacales y casas, las que ocuparon luego cuatro soldados y un jefe que fueron mandados para el efecto a la una y otra parte; pero [a] éstos, por la falta que en otras partes hacían, los mandaron retirar y dieron otro destino, y no habiéndose hallado gente que enviar de pobladores ni que allí se quisiese establecer, por haber reconocido y experimentado ya que no eran a propósito los sobredichos parajes para lo que se intentaba, retirados los soldados, volvieron a quedarse los dos sitios despoblados como antes y así se están al presente.

La villa que se intentaba fundar en la hacienda de Santa Ana tampoco ha tenido el logro ni el efecto deseado, pues aunque se compraron las casas de dicha hacienda para en ellas poner un almacén real para el surtimiento de este Departamento del Sur de la California y para que en ellas quedasen establecidos y viviesen los comisarios reales, oficiales y ministros de justicia, y que a continuación de dichas casas se hiciesen las fábricas necesarias para que en ellas se construyesen y armasen las máquinas y los artes que se habían inventado para beneficiar los metales y las sacas de las platas, no habiéndose logrado el intento y perfección de estas máquinas y artes, y que las sacas de las platas tampoco correspondían a la esperanza que se prometía de ellas, dentro de muy poco tiempo quedaron abandonadas con las demás que allí se iban fabricando, por lo que sólo quedaron las casas que eran antes de la hacienda, aunque ya muy maltratadas y amenazando ruina. Viven en ellas los arriba mencionados comisarios y ministros de justicia y se ha conservado en ellas el almacén, aunque con ninguno o muy poco surtimiento.

Algunos jacales que cerca de las sobredichas casas habían fabricado algunos peones y operarios de las minas y otros que habían de ser pobladores de la villa, ínterin se les fabricaban casas, han quedado muchos de ellos desamparados o arruinados del todo, ya porque los que los habían fabricado o reducido-se a poner de pobladores, con la decadencia de las minas o labores en que en

⁴ El propietario de esta hacienda había sido Manuel de Ocio, ex-soldado del presidio de Loreto, quien se estableció en el sitio de Santa Ana hacia 1744 con el propósito de dedicarse a la minería. Lugar de residencia del dueño, sus familiares y sus trabajadores, Santa Ana fue, de hecho, el primer poblado secular de las Californias, es decir, el primero que pudo formarse con independencia del sistema misional. Ocio llegó a tener hasta 70 operarios trabajando en sus minas.

ellas se ocupaban, o ya porque experimentaron lo seco e ingrato de el país y que en él nada podrían medrar por no poderse sembrar ni hacer otra diligencia, se retiraron y huyeron, o pasándose a esta banda los que pudieron bgarlo, o tomando otros destinos como se les ofrecía proporción y conyuntura, y otros porque los cogían y metían de soldados y despachaban a San Diego y Monte-Rey por no hallarse en la tierra para esta urgencia otra gente de quien poder echar mano; y así se ha quedado Santa Ana, y lo está hasta el presente, sin iglesia ni población ni formalidad de villa y con poquísima gente, aunque persevera el cura que con el sueldo de el rey se mantiene administrando en todas las cercanías y contornos de Santa Ana a la gente de razón, sirviéndole de parroquia la capilla que era antes de la hacienda, muy pequeña, ruinosa y maltratada.⁵ Dos huertas o pedacitos de tierra, que el uno se riega a mano sacando el agua de pozos, y el otro con la de un ojito de ella que corre y cae a un arroyo, donde está dicha huerta, es lo único que hay de siembra aquí en estos parajes.

A cosa de media legua del sobredicho Santa Ana se ha fabricado otra hacienda por el comisario real, para en ella beneficiar los metales. Su fábrica se reduce a jacalones de palma y de zacate. El agua con que en ella se beneficia y de que está surtida esta hacienda es la misma que antes servía a otra de fundición que está contigua con ésta, la cual hacienda de fundición se halla al presente parada y sin ejercicio, así porque antecedentemente sacaron a muchos sirvientes de ella para las obras del rey y para las expediciones de San Diego y Monte-Rey, con que quedó desaviada de gente y falta también de agua, por haberle quitado la que tenía y con que se manejaba y llevádola a la que se fabricó de nuevo por el dicho comisario real, de modo que su dueño, al presente, se halla solo en ella con un mozo que le asiste, sin trabajar en la saca de metales ni hacer otra diligencia, pues hasta el ganado que tenía de rodeo y manso, de vacuno, de caballar y mutar, todo se le ha descarriado y remontado por no tener quien lo cuide.

En aquellas cercanías de Santa Ana, en distancia como de unas cinco leguas que corren entre norte y poniente, se hallan situados algunos ranchos y estancias de ganado (serán como seis o siete), de ganado mayor todas, y casi todos sus dueños viven en ellos, o ya por no encontrar vaqueros que asalarar o que por sus cortedades no los pueden mantener. En estos ranchos o estancias no es muy crecida la cría y número de ganados, porque no obstante que el terreno es para la cría de ellos, el menos malo de toda la California por

⁵ El cura de referencia es el bachiller Isidro de Ibarzábal, que pasó a la península acompañando a los padres de la Provincia de Santiago de Jalisco.

haber en él la comodidad de aguas y de pastos suficientes, así por la estrechez de la tierra como por el perjuicio y daños que hacen los leones en sobredichos ganados, mayormente en las especies de caballar y mular, se hallan con número corto de ellos y nunca creo serán numerosos en ganado especialmente de caballar y mular. En ninguna de estas estancias o ranchos se siembra, por no estar las aguas que hay en aquellos parajes en la disposición y abundancia que puedan servir al riego.

En este espacio de las cinco leguas dichas se encuentran otros parajes poblados con jacales o con casas, en que viven españoles o de la gente que comúnmente llaman de razón, que han venido de fuera de la provincia y se han ido quedando y estableciendo en la tierra. De éstos, en distancia de Santa Ana como tres cuartos de legua, viven dos familias aplicadas solamente a cuidar, ordeñar y hacer quesos de unas vacas que allí tienen de cría, que son en número muy pocas y no sé que posean otra cosa más que algunas cabalgaduras en que andan y se manejan. Este sitio es conocido por el nombre de Santa Cruz de las Flores, en el cual antes se beneficiaban metales y sacaban algunas platas, pero ya ha mucho tiempo que paró este beneficio.

A cosa de tres leguas de Santa Ana, siguiendo este mismo rumbo, está un paraje que llaman el Real de el Oro, en el cual se hallan (algo esparcidos y distantes unos de otros) unos jacales o casillas en que viven como cinco o seis familias, todos ellos muy pobres desdichados, que se ocupan en trabajar por sí mismos beneficiando y buscando algún poquillo de oro, que suelen lograr con bastante escasez y en muy corta cantidad, así por las cortedades de los que lo benefician y buscan, como también porque las vetas que allí se encuentran de este metal son muy escasas y pobres. Aquí solamente tienen un huertecillo pequeño en que solamente siembran melones y calabazas o unas matas de maíz para comer en elotes, y no tienen otras siembras ni otra alguna inteligencia.

Distante de este Realito del Oro, como a cosa de legua y media por el sobredicho rumbo, se halla otro real que llaman de San Antonio. En éste había de antes alguna gente de razón y españoles, pero por las urgencias pasadas de esta provincia, se halla al tiempo presente muy atrasado y despoblado. Los vecinos que en su recinto han quedado viven todos esparcidos (serán como unos siete o ocho); son todos pobres y sin comodidad y fuerzas para poder sacar y beneficiar las platas. Es casi nada lo que en este real se hace y la plata que se saca, porque no se halla gente que trabaje ni bestias con que moler los metales. La iglesia que había en este real, en que se decía misa y se adminis-

traba en estos años pasados, está totalmente abandonada desde que se erigió el curato de Santa Ana. Tampoco hay siembras ni huertas en este real.

Como una legua distante de este Real de San Antonio está la hacienda de Tescalama, llamada Santa Gertrudis, que es propia de un minero español que vive y se mantiene en ella con unos cuantos sirvientes, en la cual muele y beneficia los metales de su mina que es y ha sido la más señalada que se ha hallado hasta ahora en toda la California, por las platas que de ella se han sacado. Su dueño la prosigue trabajando, pero así por la escasez de bastimentos, como de los operarios, por habérselos sacado para las obras del rey y para las expediciones, y por la falta de bestias para conducir los metales, molerlos y los demás menesteres, no está esta hacienda en el corriente que pudiera. No obstante, con los operarios y bestias que su dueño ha podido reservar, aunque poco a poco no deja de trabajar y sacar algunas platas. Esto, Excelentísimo Señor, es lo que puedo decir con sinceridad, ingenuidad y verdad e informar a Vuestra Excelencia del estado en que se halla el Departamento del Sur de la California, de las gentes que hay en él establecidas, de los adelantos o atrasos que en él se reconocen, con lo demás que advertirá Vuestra Excelencia en lo que he referido y dejo relacionado. Por lo que paso a decir en particular las misiones que hay también en este Departamento, en el estado en que están y en el modo en que se hallan.

3º

Como las misiones antiguas que había en este Departamento, de Santiago de los Coras y de San Joseph del Cabo, fueron el año pasado de 69, por órdenes superiores, erigidas en curato, la una sirviendo de cabecera, que era la de Santiago, y la de San Joseph en calidad de visita,⁶ y habiendo el señor cura que para ellas fue nombrado tomado su posesión quieta y pacíficamente y héchose cargo de todo, los padres misioneros que hasta entonces las habían administrado y tenido a su cargo se retiraron de ellas y quedó todo al cuidado y cargo del nuevo cura, el que en ellas se mantuvo ejerciendo su ministerio como seis o siete meses; al cabo de este tiempo se retiró de el curato y se embarcó para estas partes, quedando desamparados, sin cura y sin ministro, los

⁶ En vista de la escasa población indígena de las misiones de Santiago y San José del Cabo, y por ser casi todos sus indios ladinos, fray Junípero Serra había propuesto a Gálvez la secularización de dichos establecimientos, aduciendo, por otra parte, que así se podría disponer de dos religiosos más para las nuevas misiones del norte. Palou, *Noticias* . . . , p. 41.

dos pueblos,⁷ en vista de lo cual se pidió por el Gobierno que, de los misioneros que había en la California, viniesen uno o dos de ellos a administrar y hacerse cargo otra vez de sobredichas misiones, y que las administrasen como las administraban antes que fuesen erigidas en curato, por lo que el superior que los padres misioneros tienen en la California, luego que tuvo oportunidad, puso en ellas un misionero y después que tuvo proporción envió otro, para que cada uno en su parte estuviese administrando, en lo espiritual nomás, ínterin volvía el cura o sobre ella se daba otra providencia, dejando todo el gobierno de lo económico y temporal de dichos pueblos al cuidado y cargo de las personas a quienes el Gobierno se lo había encomendado por ausencia del cura. Así se efectuó todo y quedaron los dos dichos misioneros, interinamente nomás, hechos cargo de aquella administración sólo en lo espiritual, sin tener que meterse en otra cosa; y así hasta el presente se ha ido continuando y en este modo de gobierno se mantienen las dos misiones antiguas de Santiago y de San Joseph, de este Departamento.

La misión antigua de San Joseph sobredicha, que se halla situada como unas nueve o diez leguas distante de el cabo de San Lucas e inmediata a la playa del golfo de California, se halla al presente muy deteriorada y atrasada, así de bienes como de indios. De éstos, entre grandes y pequeños, contado hasta los recién nacidos, serán por todos como unas cincuenta almas, incluyendo ambos sexos.⁸ La enfermedad contagiosa que en estos años pasados corrió toda la provincia, ha aminorado en gran parte el número de sus indios. Los bienes de casa y campo que esta misión poseía eran ya casi ningunos o muy poco lo que de ellos ha quedado. No tiene cría ni rodeos de ganados, ni mayor ni menor, ni bueyes para cultivar la tierra, ni aun las cabalgaduras precisas y necesarias para las urgencias y quehaceres que se ofrecen, y mayormente para las corridas y matanzas de el ganado mesteño, de que hay mucho en todas sus cercanías y de que se mantiene con sus carnes en gran parte la misión. Bien es que ahora se estaba ideando o dando principio a establecer

⁷ En 1769, el bachiller Juan Antonio Baeza, que había sido capellán en la provincia de Sonora, llegó para hacerse cargo del recién erigido curato de Santiago, al que poco después se agregó San José del Cabo como pueblo de visita, a causa del fallecimiento de su ministro fray Juan Morán. El beneficio debe haber resultado poco atractivo a Baeza, pues al año siguiente se retiró de la provincia "con título de enfermo", dejando encargados sus dos pueblos al cura de Santa Ana. *Vid. Palou, Noticias . . .*, p. 97. Como explicará Ramos de Lora más adelante, tras la huida del clérigo los franciscanos volvieron a administrar las secularizadas misiones, en lo puramente religioso.

⁸ Por disposición de Gálvez se habían llevado a San José del Cabo doce familias de San Francisco Javier, de las cuales sólo una sobrevivió a la epidemia de sarampión que diezmo a los pobladores de las misiones en 1769.

un rancho para recoger en él y amansar algún ganado, aunque fuese poco a poco. La iglesia, que es un jacal como de 11 o 12 varas, está ya muy maltratado y no tiene sacristía. De ornamentos sólo tiene los precisos y aun algunos le hacen falta, y lo mismo digo de los demás necesarios de sacristía e iglesia. La vivienda de el cura o de el padre misionero se reduce a otro jacal, casi como el que sirve de iglesia, aunque tiene allí inmediato otros dichos [jacales] que sirven a la misión de trojes y de despensas.

En esta misión hay tierras y las aguas suficientes para hacer en ella siembras para poder mantenerse, aunque se hallan sus labores muy expuestas al riesgo de las grandes avenidas de agua que de repente suelen bajar de la sierra, que está inmediata como 4 o 5 leguas y es la parte en que más llueve de toda la California, las cuales avenidas cuando llegan, no sólo hacen grandes daños, llevándose los sembrados sino que van inutilizando algunas partes de la sobredicha tierra con la que se llevan de ella y las arenas que dejan en su lugar. Esta misión al presente interinamente la administra, sólo en lo espiritual, uno de los padres misioneros, que está de pie y vive en ella, pero el gobierno en lo económico; político y temporal corre a cargo de el comisario real y teniente de Santa Ana, quien tiene en ella puestos mayordomos y sirvientes para que con los pocos indios que hay de trabajo en la misión, sus tierras se siembren y se cultiven, y con los frutos y cosechas que se alcen se abastezca y se provea el almacén de Santa Ana, que es a cargo de el comisario expresado. Éste es el estado en que está el gobierno en que se halla esta misión de San Joseph del Cabo.

La misión antigua de Santiago de los Coras, que fue, como queda dicho, erigida en curato y dista de San Joseph del Cabo como 10 o 11 leguas corriendo la tierra de la península adentro como hacia en medio de ella, se halla en la medida forma y gobierno que dije de San Joseph. Tiene también pocos indios, que apenas llegarán todos los de uno y otro sexo, contando también los de pecho, al número de sesenta.⁹ Los bienes que posee esta misión creo que en la actualidad son ningunos, pues las manadas de yeguas que tenía en pastoría para la cría de caballada y mulada, todas se han remontado y alzado y hecho broncas y mesteñas, que ya no hay forma de poderlas reducir; y lo mismo ha sucedido con el ganado vacuno que había antes de rodeo y tenía debajo de pastoría. No tiene ganado menor alguno, ni bueyes ni mulada para la recua y labores. Tiene algunos caballos mansos, aunque muy pocos, y no sé si alguna mula le ha quedado, solamente que aún no son en número suficiente para los

⁹ Esta escasa población estaba formada por los indígenas lugareños y otros llevados recientemente de la misión de Todos Santos.

precisos quehaceres y coger algunas reses mesteñas, de que hay gran abundancia en todas sus cercanías, para dar a los indios de comer y proveer de carne a los sirvientes.

La iglesia, sacristía y vivienda para el cura o misionero, que todo es obra de adobes con techumbre de terrado, está todo maltratado y amenazando ruina. Tiene suficientes ornamentos y los demás menesteres de iglesia y sacristía, aunque no le sobra nada en este particular. La tierra de labor que aquí se puede sembrar es poca, por tener poca agua para el riego, porque al tiempo de la seca, que es cuando más se necesita, falta y escasea mucho. El gobierno que en esta misión se observa es el mismo que dije de San Joseph: un padre misionero está hecho cargo interinamente de lo espiritual y el comisario y teniente de Santa Ana corre con lo temporal y tiene puestos en ella un mayordomo y otros sirvientes asalariados para que con los indios se cultiven las tierras de la misión y se pueda ir proveyendo el almacén de Santa Ana con los frutos y cosechas que se alcen. En este estado y gobierno se halla esta misión de Santiago al presente.

La misión de Todos Santos, situada en este Departamento inmediata a la costa del Mar Grande y distante de la dicha de Santiago cerca de 40 leguas y de Santa Ana como unas 14 o 15, es de las mejores que hay en la California, por tener útiles bastantes para labores y aguas abundantes para el riego. Las pestes y enfermedades que en estos años han corrido en la provincia, han casi acabado sus indios.¹⁰ De éstos, de todos sexos y edades habrán quedado como 150, muchos de los cuales, siendo todos como son nuevamente congregados y traídos a esta misión de los cerros en que vivían de antes vagabundos y dispersos, deseosos de su antigua libertad (no faltando quien los induzca e incite a ello) se han huido algunas veces de la misión varios de ellos y se han vuelto a sus desiertos, de donde se han procurado traer otra vez y reducirlos. De éstos, algunos cabecillas inquietos y revoltosos, según parece inducidos en este año pasado, inquietándose y alborotando a otros de su jaez, se huyeron de la misión casi 40 personas de hombres, de mujeres y muchachos, y se fueron al presidio de Loreto, que es en donde reside el señor gobernador, quien allí los ha tenido ocupados en los quehaceres y faenas que se le ofrecen hasta el presente tiempo, que serán como 6 meses, aunque se están manteniendo a costa de la misión; por lo que serán poco más de ciento las personas de indios que están en la misión existentes, y casi todos de mujeres y muchachos.

¹⁰ Palou dice que en esta misión de Todos Santos murieron 300 indígenas, “entre chicos y grandes”, a consecuencia de la epidemia de 1769. Palou, *Noticias...*, p. 72.

Tiene esta misión dos ranchos o estancias, de ganado mayor ambas; la una, de cría de caballada y mulada y también algún ganado vacuno que mantiene en ella debajo de pastoría; y la otra es de ganado vacuno y boyada, que también tiene en pastoría y debajo de rodeo. Así, el un rancho con el otro, es, respecto de la tierra, bastantemente crecido en número de cabezas. También mantiene en ellos un número competente de mulas y caballos mansos, así para el manejo de los ranchos, corridas y matanzas de el ganado mesteño, como para recuas, trajines y demás urgencias de la misión. En ella hay también, aunque en número corto, algún ganado menor para cría de ovejas y de cabrío. La iglesia de esta misión es buena y muy aseada, con bóvedas de madera cubiertas con su azotea. Se halla bien adornada y lo mismo la sacristía, y están proveídas de bastantes y muy buenos ornamentos, alhajas de plata y los demás necesarios de sacristía e iglesia. La casa en que viven los misioneros es también de terrado y bastantemente capaz.

Como esta misión tiene tierras y aguas en abundancia, pudiera sembrar más de lo que al presente siembra, pero la falta de gente que en ella se experimenta para el cultivo de las tierras y labores es causa de que no se siembre más. El gobierno de esta misión, así en lo económico y temporal como en lo espiritual, por órdenes superiores está encargado a los padres misioneros, quienes en uno y en otro la manejan y gobiernan cuidando de sus aumentos: en lo espiritual, enseñando a los indios la doctrina, instruyéndoles y administrándoles a todos los sacramentos; y en lo económico y temporal, cuidando de que se siembren y cultiven las labores, que se cuiden y aumenten los ganados, que se asalaríen los vaqueros y demás operarios que se juzguen necesarios y que se les pague de los mismos frutos y efectos que produce la misión, para que ellos cuiden, trabajen y hagan lo que no saben ni pueden hacer los indios; que éstos se vayan habituando y haciéndose a trabajar y que los mayordomos los instruyan, los habiliten y enseñen, y, por fin, cuidando en todo como un padre de familia en lo que vea y conozca ser en utilidad y aumento de la misión. Éste es el estado y gobierno en que hasta el tiempo presente ha estado la misión de Todos Santos.

Ya de esta misión sobredicha, corriendo la tierra de la península adentro, no hay pueblo ni misión alguna hasta llegar a la misión de San Francisco Javier, que dista de Todos Santos como 112 leguas. En todo este despoblado no se halla paraje alguno cómodo en que se pueda poblar, por la escasez de las aguas necesarias para el riego; y por ésta y otras causas, algunas misiones que

en otros tiempos se habían establecido,¹¹ se quitaron y sus indios se trasladaron a otras de mejor comodidad,¹² y al presente, en todo este desierto, como a las 70 leguas distante de Todos Santos y como unas 40 de San Francisco Javier, sólo se halla un rancho establecido en que viven dos familias de razón en el mismo sitio y casas que eran de la misión antigua de San Luis. De este sitio y de estas casas les fueron hechas merced a un soldado reformado,¹³ que es el que las posee y vive en ellas, aunque con muchas necesidades, escaseces y trabajos, por no poder mantenerse, pues aunque ha intentado sembrar, no puede lograr las siembras ni criar como quería ganados, por el mucho perjuicio y daños que en ellos experimenta, por lo que andaba en solicitud de pasarse a otra parte y desamparar este sitio y paraje, que es hasta donde llega el Departamento del Sur de la California por hallarse lo restante que hay desde aquí hasta la misión de San Francisco Javier, que ya pertenece al Departamento del Norte, todo despoblado y desierto.

4º

La misión de San Francisco Javier, que ya pertenece al Departamento del Norte de California, es mediana. Tiene de indios de ambos sexos y edades 293 personas, entrando en esta cuenta hasta los niños de pecho. Las familias que se han sacado de aquí para el presidio de Loreto y para San Joseph del Cabo, y las pestes y enfermedades de estos años pasados, han aminorado mucho en esta misión el número de los indios. Éstos, hasta la [época] presente, siempre se han mantenido muy sosegados y quietos, pero ahora parece que ya se experimentaba alguna novedad en ellos de poco tiempo a esta parte, mostrándose engreídos, desconcertándose algo e intentando novedades, acaso llevados del mal ejemplo de otros o por influjos quizás de algunos que a ello los persuaden. En esta misión no hay rancho para la cría de algún ganado mayor por no haber en todas sus cercanías paraje a propósito en que poder situarlo; pero tiene algunas cabezas de él que mantienen la misión, aunque en número muy

¹¹ Se refiere a las de San Luis Gonzaga y Nuestra Señora de los Dolores del Sur o La Pasión.

¹² Llevados en efecto a Todos Santos, misión que disponía de tierras fértiles, agua suficiente y buen temperamento, estos aborígenes sufrieron graves problemas de adaptación. A ello han de atribuirse en parte los conflictos que tuvieron con varios misioneros, entre los que se cuenta el propio Ramos de Lora.

¹³ Su nombre era Felipe Romero. El que describe aquí Ramos de Lora es el caso típico del colono bajacaliforniano, personaje generalmente de origen español que, llevando una vida precaria y padeciendo grandes necesidades, se estableció en lugares aislados que tenían poca y a veces ninguna comunicación con el exterior.

corto de vacas y los bueyes necesarios para el cultivo de las labores, y asimismo los caballos y mulas mansas, aunque en número reducido, para las urgencias y precisos quehaceres de la misión. Tiene un rancho de ganado menor de lana y de cabrío, en número de cabezas competente, aunque distante de la misión. Las tierras de labor de esta misión son muy pocas y el agua con que se riegan es asimesmo escasa, por lo que en ella no son muy copiosas las cosechas que se alzan; no obstante, cuando se logran suelen alcanzar para mantener [a] los indios, por ser ya pocos los que han quedado, sin que sea necesario el que vayan a los montes en busca de su sustento.

En esta misión hay algunos árboles frutales, como olivos, de que se coge aceituna, aunque poca; higueras, aunque de ellas no se saca útil alguno por ser poco el fruto que producen. También tiene dos pedacitos de viña o parral, de que se hace algún vino. La iglesia de esta misión es la mejor que hay en toda California;¹⁴ es de bóveda con su crucero, cimborrio y torre, y asimesmo su sacristía, que es de bóveda también. Una y otra están proveídas de adornos y muy buenos ornamentos, vasos sagrados y los demás necesarios de sacristía e iglesia. La vivienda de los padres misioneros es muy buena y capaz, con dos cuartos de bóveda y lo demás de la casa de adobes y de azotea. El gobierno que en esta misión se observa es el mismo que de Todos Santos dije: lo espiritual y temporal todo está encomendado al cuidado de los padres misioneros y sólo hay de diferencia que aquí no hay mayordomos ni sirvientes por no hallarse en la tierra gente de que echar mano para estos necesarios ni escolta de soldados, y por lo tanto nadie vive en la misión sino los indios de ella; solos con los padres misioneros.

A distancia de esta misión sobredicha de San Francisco Javier como 8 o 9 leguas, inmediata a la playa del golfo de California, están situados el presidio y la misión de Loreto. De este presidio y misión se compone y forma un pueblo, que en la realidad en ninguna parte de toda la California hay otro que lo parezca ni tenga la planta de éste aunque reducido y pequeño. Loreto, por lo que dice a presidio, se forma de la casa de la guardia, que es un cuartel pequeño donde asisten los soldados; de la casa de gobierno, que no es de la mayor magnitud, y demás que han ido fabricando soldados, marineros y otras personas que aquí han estado empleados. Todas se hallan deterioradas y bastante decaídas. Las familias que aquí viven al presente están muy disminuidas y las más se reducen a mujeres y muchachos. Como las gentes que pueblan

¹⁴ El edificio, construido por el misionero jesuita Miguel del Barco, se conserva hoy en buen estado y sigue siendo motivo de admiración para quienes, internándose en la sierra, llegan a visitarlo.

este presidio son todos o casi todos marineros y soldados y así unos como otros andan siempre ocupados y por fuera, los unos en sus viajes de mar y los otros en las escoltas, correos, expediciones y demás urgencias de la provincia, se halla este presidio casi siempre desamparado de hombres.

En estos tiempos pasados eran 60 los soldados de que se componía el presidio; después se acortó el número de ellos y al presente sólo han quedado como 30, que se hallan repartidos en escoltar las fronteras y misiones que lo necesitan más y sólo suelen retener en el presidio para las urgencias de él a tres o cuatro de ellos cuando la necesidad y ocurrencias dan lugar (no se entiende en esta cuenta los soldados que se hallan empleados en San Diego y Monte-Rey). Aquí, por ser cabecera de toda esta provincia, reside el señor gobernador y está establecido también, en las casas inmediatas a la iglesia que pertenece a los padres misioneros, el almacén real de este Departamento para el surtimiento de él, en el cual están de pie el comisario y sus demás dependientes.

Todos los vecinos de el presidio son muy pobres. Como aquí no hay en qué ni dónde poder buscar ni sembrar ni comerciar ni adonde acomodarse a servir, especialmente las mujeres y muchachos, ni modo de hacer otras diligencias, son muchas las calamidades y desdichas que se ven y experimentan, y con más especialidad en las pobres y desdichadas viudas que no hallan siquiera a quien pedir que las pueda socorrer; y son bastantes las que hay en el presidio que sus maridos murieron sirviendo en la provincia o en estas expediciones de San Diego y Monte-Rey o en el mar ahogados, como suele suceder en las embarcaciones que se pierden o contagian, por lo cual se desgracia mucha gente, y como [a] estas infelices y desdichadas viudas les faltan totalmente los socorros que en el real almacén de antes les suministraban de maíz y de otros necesarios a cuenta del sueldo de sus maridos, y no teniendo las pobres con qué poderlo comprar, y más estando los precios de las cosas más necesarias y precisas tan crecidos y tan altos, y que no pueden tampoco transportarse a otras partes por no tener medios para pagar su transporte a la otra banda, o porque no les permiten que se embarquen porque no se vaya despoblando más de lo que está la tierra, padecen con sus hijos y familias crueles necesidades. Y lo mismo le[s] sucede a los que por viejos, enfermos o lastimados, o por otros accidentes, les para el sueldo porque no pueden trabajar o servir ya. Esto es lo que puedo decir de el estado en que se halla el real presidio de Loreto, de donde salí el 15 de enero del presente año y me embarqué para estas partes.

Este pueblo de Loreto, por lo que dice a misión, sus indios viven con separación de la gente del presidio. El número de almas que la componen, de am-

bos sexos y edades, es de 220. Son estos indios de Loreto los más ladinos y castellanos de toda la California. Como el Gobierno y comisarios echan mano continuamente de ellos y los sacan y ponen a servir de marineros y los están continuamente ocupando en las cargas y descargas de los barcos y en otras muchas faenas que se dicen y se tienen por del servicio del rey, y por lo tanto [en] muchas de ellas no se les suele dar paga, no obstante que en estos ejercicios y faenas se han habilitado más y se han hecho más ladinos y castellanos; pero al mismo tiempo también, con el favor que experimentan en los que se valen de ellos y los manejan y llaman a estas ocupaciones, y con el trato y amistades que contraen con los marineros y otras personas de fuera, se han hecho más maliciosos, menos dóciles y manejables a sus padres misioneros, con quienes suelen engreídos propasarse, y más si los quieren corregir y sujetar a la costumbre, orden y gobierno de la misión, que entonces se querellan agriamente e, intentando novedades, procuran incitar y persuadir a otros para que todos se inquieten y haya quejas y chismes de todas partes, cosa que a veces da mucho que hacer y que merecer a los padres misioneros, que quisieran y no pueden aplicar a esto el remedio conveniente.

Los bienes que tiene y posee esta misión de Loreto en realidad son ningunos; no tiene estancias ni rancho de ganado, ni de mayor ni menor; en ella nada se puede sembrar por no haber agua para el riego, ni aun para los ganados, que es la causa de no tenerlos ni poder poner estancia para su cría, aunque de el ganado mesteño, de que hay mucho en la provincia, se procura aprovechar esta misión, manteniendo una noria, aunque lejos de la misión, con que se saca allí agua para atraer a aquel paraje el sobredicho ganado y poder coger de él y proveer la misión de la carne necesaria, teniendo para el efecto los vaqueros asalariados y caballos necesarios para hacer estas corridas y dar la carne asimesmo al almacén para ayuda [r] a proveer el presidio y con esta ayuda de costa poder pagar [a] los vaqueros o sacar algún maíz para mantener [a] los indios.

De una huerta que posee esta misión, en que hay algunas parras, olivos y otros árboles frutales, se saca poco o ningún producto pues es preciso mantener, fuera de la gente que la trabaje y cultive, una noria para el riego y pagar avíos, aliños y composiciones de ella, y las bestias para que saquen el agua estar siempre manteniendo, cosa que allí se hace dificultoso; y como esta dicha huerta ha de dar al señor gobernador la mitad de los frutos que produzca, y todo el costo de su cultivo y avíos los ha de pagar y costear la misión, no pudiéndose vender nada, como no se vende de ella, se infiere que dicha huerta le sirve más de carga y gravamen que de útil a la misión, que no tiene otro adbi-

trio para mantener y dar de comer y de vestir a sus indios que las misas que mandan decir a los padres misioneros y algunas limosnas y socorros que solicitan por fuera. La iglesia de esta misión es muy capaz, muy buena y muy aseada, y lo mismo su sacristía, que están muy proveídas de abundantes y preciosos ornamentos, alhajas y demás utensilios de sacristía e iglesia. Las casas de vivienda de los padres misioneros, que están contiguas y pegadas a la iglesia, son buenas y acomodadas, aunque buena parte de ellas la ocupa el almacén real que está establecido en ellas, en donde también tiene su vivienda el comisario y cajeros que lo tienen a su cargo. El gobierno de esta misión, así en lo espiritual como en lo temporal, está encargado a los padres misioneros como queda dicho de otras.

Distante de el presidio de Loreto como 18 leguas y 10 ó 11 de la misión de San Francisco Javier siguiendo la tierra de la península adentro, está la misión de San Joseph Comondú, que de todos sexos y edades los indios de ella hacen el número de 322 personas, contando hasta los recién nacidos.¹⁵ Estos indios son cavilosos también y se muestran bulliciosos y engreídos, dando que hacer con sus hurtos y sus chismes a los padres misioneros, que procuran corregirlos y sosegarlos con la prudencia que pueden, disimulándoles mucho para ver si se aquietan. No tiene esta misión rancho de ganado mayor vacuno por no haber en todo aquel territorio paraje en que poder situarlo, por lo escabroso de él; pero tiene los bueyes necesarios para cultivar las tierras y algunas pocas vacas para cría que mantienen la misión. Para la cría de caballar y mular tiene una estancia pequeña de yeguas que mantiene con muchísimo trabajo y poca utilidad por lo incómodo e ingrato de la tierra. Tiene también las mulas y caballos necesarios para el giro de la misión y matanzas de ganado. También tiene dos ranchos ó pastorías para crías de ganado menor, de que tiene de una y otra especie, y mayormente de lana, un número competente de cabezas. Las siembras que aquí se hacen son bastantes para poder mantener sin escasez a los indios y aun, cuando se logran bien, socorrer a otras misiones más pobres. Logra suficiente agua para regar sus sembrados. Tiene también olivos de que se coge el aceite para el gasto; viña o parrales de que se hace también vino, aunque no en notable cantidad; higueras de que se saca y pasa alguna porción de higo. La iglesia de esta misión es aseada y muy buena, de bóveda toda ella, lo mismo la sacristía y vivienda de los padres misioneros. Todo está proveído de abundantes y muy buenos ornamentos, alhajas y demás necesarios de sacristía e iglesia. El gobierno espiritual y temporal de esta misión está encarga-

¹⁵ No mucho tiempo atrás, por órdenes de Gálvez se habían llevado a esta misión algunos indígenas de la de Guadalupe.

do a los padres misioneros y en ella no hay escolta de soldados, ni mayordomos ni sirvientes, por no hallarse de quien poder echar mano para estos ejercicios.

De esta misión de San Joseph Comondú como a distancia de 10 leguas siguiendo la tierra adentro, cargando así al Mar del Sur, está situada la misión de La Purísima Concepción. En ésta, las pestes y enfermedades que se han padecido han aminorado mucho el número de los indios. De éstos, de todos sexos y edades, sólo han quedado 171, y al presente todos se mantienen sosegados y quietos en su misión.¹⁶ Tiene ésta dos ranchos o estancias para cría de ganado; el uno, que es de vacuno, es corto el número que de él tiene por no ser a propósito el paraje y no hallar otro mejor en que poder situarlo. También en él se mantienen algunas yeguas, aunque pocas, para cría de caballada y mulada, y los bueyes necesarios para beneficiar las labores. El otro rancho es de ganado menor de ovejas y de cabras, cuyo número de ambas especies no es tampoco muy crecido por lo desacomodado que es el sitio para el efecto.

En esta misión hay tierras y agua bastante para hacer unas siembras razonables que pudieran mantener mucha más gente de la que al presente tiene, aunque con el riesgo siempre de que la misma agua se lleve y rompa la presa en que se recoge, y falte al mejor tiempo, como suele suceder, y se pierdan las cosechas ínterin vuelve a levantarse otra vez, para lo que es necesario mucha gente que trabaje y gastar en ello tiempo. Hay también en esta misión viña o parral de que se saca algún vino, higueras bastantes de que se coge y se pasan bastante porción de higos, y algunos pies de olivos de que también se coge alguna aceituna. La iglesia de esta misión es de fábrica muy endeble de adobes y techumbre de zacate, y lo mismo la sacristía y vivienda de los padres misioneros. Está proveído todo de ornamentos razonables y demás utensilios de iglesia y sacristía. El gobierno de esta misión está todo al cuidado de los padres misioneros como en las antecedentes y en ellas asiste de pie un soldado que está sirviendo de escolta, y no hay otros mayordomos ni sirvientes ni otro vecino alguno más que los indios y los padres misioneros que vivan en la misión.

En distancia de casi 40 leguas entrando la tierra adentro, rumbo casi derecho al norte de sobredicha misión de La Purísima Concepción, está la misión de Guadalupe, en la que existen de todos sexos y edades 176 almas de indios. Éstos siempre han sido revoltosos, taimados y muy ladrones e inquietos. Al presente, por haber castigado el Gobierno a unos cabecillas de ellos, están algo sosegados, aunque no dejan por eso de mostrar lo que son y siempre han

¹⁶ Parte de esta población había sido llevada también de la misión de Guadalupe.

sido. Es esta misión bien pobre; no tiene ranchos o estancia de ganado para cría por lo incómodo y áspero del terreno, y sólo mantiene un corto número de yeguas y de vacas, de que se logra tal cual cría. Tiene algunas mulas y caballos, aunque en número muy corto, para los trajines precisos de la misión y poder coger algún ganado mesteño y proveerse de carne. Tiene también esta misión en sus cercanías una pastoría corta de cabrío y de ovejas para cría. En ella son cortísimas las siembras por la falta que hay de agua para el riego, pues aprovechándose ésta cuanto puede aprovecharse hasta en muy largas distancias de la misión, las cosechas que se alzan no bastan para poder mantener [a] los indios, siendo como son tan pocos, por lo que a éstos se les permite el que anden por los campos buscando su sustento o alimento, quedándose en la misión solamente la mitad o aquellos que se les pueda suministrar la comida, y cuando vienen los unos se da licencia a los otros para que vayan a la misma diligencia y así se van alternando, y en esta forma los misioneros regulan el bastimento de manera que no falte en todo el año para enfermos y demás necesitados. No tiene esta misión otro arbitrio para haber de mantener y ayudar a los indios, que a sus tiempos hagan matanzas del ganado mesteño y mandar sus carnes secas al almacén de Loreto para que con su producto puedan sacar algún bastimento y ropas para vestirlos. La iglesia y la sacristía de esta misión son decentes; están proveídas de competentes ornamentos y demás utensilios de ellas. Está encomendado su gobierno espiritual y temporal a los padres misioneros; no hay en ella mayordomos, ni sirvientes ni otro algún vecino más de los indios y los padres misioneros y dos soldados que se remuevan a tiempos para escoltar esta misión y contener a sus indios.

Como 18 leguas de la misión de Guadalupe, junto a la costa del golfo de California, está la misión de Santa Rosalía Molegé,¹⁷ situada a media legua de la playa. En esta misión existen de indios de todos sexos y edades 186 almas. Éstos son inquietos y enredadores como los de Guadalupe y Loreto, con quienes se comunican para fraguar sus inquietudes y enredos. Esta misión al presente es la más pobre de todas las que hay en la provincia. De antes, aunque con algunas escaseces, se podían mantener por hacer algunas siembras con la industria de una presa que se hacía en un arroyo para hacer subir el agua y proporcionarla al riego de una poca de tierra, que es la única que allí se podía cultivar; pero habiéndose, ahora ha dos años, llevado la fuerza de un temporal que sobrevino no solamente la presa, como sucedía antes, sino también las tierras de la labor y dejado solamente arena y piedras desnudas de toda tierra,

¹⁷ La grafía más común de este topónimo de origen indígena es Mulegé.

no habiendo otro paraje en dicha misión en que se pueda sembrar, quedó ésta imposibilitada de poder subsistir y mantenerse, y más habiéndose hecho también más dificultoso el reparo de dicha presa por el estrago que allí hicieron las avenidas. Tiene esta misión muy pocos bienes de campo por no tener para ello en todas sus cercanías alguna comodidad. Mantiene algunas mulas y caballos con que coge algún ganado mesteano, y unas cuantas cabezas de ovejas y de cabras aunque en número muy pocas. Tiene algunos árboles frutales, especialmente de higueras de que se cogían y pasaban algunos higos, y una viña o parralito aunque corto; pero por la falta de agua está todo casi perdido. La iglesia y sacristía son decentes y aseadas; están proveídas de los ornamentos y utensilios necesarios. La vivienda de los padres misioneros es también proporcionada. Cuidan éstos de lo temporal y espiritual de la misión. No asiste ni vive en ella soldado para la escolta, ni mayordomos ni sirvientes.

De esta misión de Molegé entrando la tierra de la península adentro con rumbo así al poniente, a cosa de 20 leguas está la misión de San Ignacio, que tiene entre grandes y pequeños 572 indios, contando hasta los de pecho. Éstos son mal inclinados, viciosos, ladrones y muy libres en hablar. Tiene esta misión ganados de todas especies de mayor y de menor, aunque en número no muy crecido de ellos, con los bueyes, mulas y caballos necesarios para las labores, trajines, matanzas de ganado y demás urgencias de la misión. Tiene tierras de labor y aguas bastantes para el riego, aunque sobredichas tierras no son las mejores para siembras por ser arenosas y delgadas, por lo que no corresponden las cosechas que se alzan a lo que en ellas se siembra, y estas siembras están siempre arriesgadas a perderse, ya por los vientos tan recios que corren en esta parte, los que llevándose la arena dejan descubiertas las raíces de las plantas y se atrasan o se secan, y ya porque la presa en que se recoge el agua, por la poca solidez y estabilidad del terreno, tiene poca resistencia a las avenidas de agua que aquí se experimentan haciendo grande estrago en los sembrados, por cuya causa algunos años se padece bastante escasez de bastimentos. Tiene también olivos esta misión, de que se coge el aceite necesario para el gasto; viñas o parrales de que también se hace vino; higueras de que se cogen y pasan algunos higos; y otros árboles frutales. La iglesia de esta misión es de adobes y la techumbre de zacate, y lo mesuro la sacristía; no está muy rica de adornos pero tiene todo lo preciso y necesario de ornamentos y los demás utensilios de sacristía y iglesia. La habitación de los padres misioneros es también de adobes y de zacate. No tiene esta misión soldados de escolta, ni mayordomos ni sirvientes porque ninguno se halla que poder acomodar y

hacen notable falta, y así, aquí sólo viven los indios con los padres misioneros que cuidan de lo espiritual y temporal como en las demás misiones.

Distante de esta misión como 30 leguas tierra adentro, en el comedio de ella está la misión de Santa Gertrudis que tiene de indios de todos sexos y edades 1,244 almas. Estos indios son dóciles y manejables y no dan mucho que hacer a los padres misioneros. Tiene esta misión cría de todos los ganados: de vacuno tiene un rancho no muy crecido en número de cabezas, de yeguas para la cría de caballar y mular tiene un razonable pie, y de ganado menor, ovejuno y cabrío, una pastoría corta. Las siembras de esta misión son muy cortas y menguadas por la escasez de las tierras y poca agua para el riego; por esta causa no se dan, aun siendo abundantes las cosechas, para poder mantener ni la tercera [parte] de los indios, por lo que se hace forzoso que lo más del tiempo la mayor parte de ellos anden por los cerros buscando el sustento para haberse de mantener, quedando algunos en la misión que asistan a la doctrina y misa y a lo demás que se ofrece, y a éstos se les da allí de comer, y llegándoles su turno se van y vienen otros de los cerros a la misma diligencia, y así se distribuye igualmente y todos participan de los pocos frutos y cosechas de la misión. Tiene también ésta, viña o parrales de que se hace algún vino, y unos cuantos pies de olivos. Su iglesia es de adobes y jacal y lo mesuro la sacristía y la casa de los padres misioneros. Está esta iglesia poco alhajada y adornada, pero proveída de ornamentos y demás necesarios de sacristía y iglesia. Aquí hay un soldado de escolta y no hay otros vecinos, sirvientes ni mayordomos por no poderse hallar. El gobierno de esta misión en todo está encomendado, como en las antecedentes, a los padres misioneros.

Como a las 40 leguas de esta misión de Santa Gertrudis, entrando la tierra de la península adentro casi en igual distancia del uno y del otro mar, está situada la misión de San Francisco de Borja. Su número de indios de uno y otro sexo es de 1,538; de ellos 226 están recién bautizados. Estos indios son muy buenos, dóciles, agradecidos, cuidadosos y aplicados. Tiene esta misión un rancho de ganado mayor vacuno debajo de pastoría bastante muy crecido en número de cabezas, una manada de yeguas para cría de mulas y de caballos –de éstos no tiene mansos aun los necesarios y precisos para las urgencias, trajines y quehaceres de la misión. También tiene una buena pastoría de ganado menor de ovejas y de cabras. Las tierras de labor que cultiva esta misión, aunque en distintos parajes y largas distancias de ella, son tan cortas y reducidas por la escasez de las aguas para el riego que aun logradas las cosechas en la mayor abundancia de cuanto pueda sembrarse no alcanza para poder mantener [a] los indios tres o cuatro meses, por lo que es necesario permitirles

el que vayan a los cerros a buscar el sustento y se mantengan allá con sus comidas silvestres la mayor parte de ellos, quedando en la misión los demás para la doctrina, misa y demás quehaceres, y viniendo los de los cerros, se quedan por algún tiempo y se van los que de antes estaban en la misión a hacer la misma diligencia, y así se alternan de modo que todos igualmente participan del alimento espiritual y corporal. Aunque esta misión tiene un pedacito de viña o parral, higueras y otros árboles frutales, por ser nuevos todavía no dan fruto. La iglesia y la sacristía ha poco se fabricaron de adobes y de jacal. No tiene muchos ornamentos y utensilios de sacristía e iglesia, aunque sí los necesarios. La escolta que hay en esta misión es de uno o dos soldados. No hay mayordomos, ni sirvientes ni vecino otro alguno más de los indios y los padres misioneros a quienes está encomendado todo el gobierno espiritual y temporal de esta misión.

La misión de Santa María, que dista de San Borja cosa de 45 leguas caminando tierra adentro inclinándose así a la costa del seno de California, tiene al presente 411 indios de ambos sexos, todos ellos bautizados de poco tiempo a esta parte. Por ser nueva esta misión y el terreno en que está situada es tan escabroso como infecundo y estéril, por cuyo motivo no se ha podido en ella adelantar cosa alguna. No tiene ganados ni paraje en que tenerlos por la falta grande de pastos y aguas que se experimenta en todas sus cercanías, y sólo con gran trabajo se mantienen las caballerías muy precisas para las urgencias de la escolta de soldados que hay en esta misión y de los padres misioneros. Un pedacito de tierra, que es cuanto se ha podido habilitar para sembrar, es tan corto que no llega a entrar en él tres almudes de semilla de maíz y no se puede ni hay esperanza aquí ni en todo este territorio de poder hacer más siembra. La iglesia, sacristía y casa de los padres misioneros todo es de jacal, muy pobre y con bastante estrechez; tiene los ornamentos y utensilios de iglesia muy precisos y necesarios nomás. Los indios de esta misión todos se mantienen en los cerros con sus comidas silvestres, porque no hay en la misión cosa que poderles dar, aunque éstos reconocen y vienen a misa y a la doctrina a sus tiempos. Aquí se mantienen regularmente de pie cuatro soldados de escolta, por estar entre gentiles, y no hay sirvientes ni mayordomos. Esta misión la gobiernan los padres misioneros, a quienes está encargada.

De esta misión de Santa María sobredicha hasta la de San Fernando Velicatá,¹⁸ que es la última de todas las que hay en la península, habrá como 18

¹⁸ La misión de San Fernando Velicatá fue la única que fundaron los franciscanos en Baja California. Las otras que se han mencionado anteriormente en este informe, todas fueron originalmente erigidas por los jesuitas.

o 20 leguas entrando la tierra de la gentilidad adentro, inclinándose al poniente. Está esta misión recién fundada y en ella hay de ambos sexos y edades, de indios ya bautizados, 349 almas, y por no tener en ella las proporciones necesarias no se han bautizado más. La pobreza y escaseces que aquí se han hecho sentir ha[n] retraído hasta ahora a muchos de los gentiles de recibir el bautismo, pues siendo tan necesario el que a los adultos los misioneros primero les enseñen la doctrina, los catequicen e instruyan, lo es también indispensable el que los gentiles vengan y se mantengan algún tiempo en la misión instruyéndose en lo dicho para poder bautizarse, y como los padres misioneros no tiene en esta misión no sólo con qué poderlos agasajar y atraer, pero ni aun lo preciso y necesario para el sustento cotidiano, de aquí es el que muchos se retraen y rehúsan el venir al catequismo aunque por otra parte desean bautizarse y ser cristianos. Y no sólo por esta falta se experimenta lo dicho, sino que los que ya son cristianos, bien que nada les dan en la misión, cuando van a los cerros en busca de su sustento, como es preciso que vayan por no podérselo dar en la misión, se vuelven a mezclar con los gentiles sus amigos y parientes, que los suelen incitar, y apostatan, y quedándose entre ellos no vuelven a la misión. Tiene ésta algún ganado o cabezas de el mayor y de el menor, aunque en número muy corto. En este año pasado se dispuso y se sembró un pedacito de tierra, pero como fue tan corta la siembra, lo fue también la cosecha. Las tierras que aquí parece que hay que se puedan cultivar son pocas y no muy buenas, como lo es también el agua con que se riegan y se surte la misión. Su iglesia es de jacal, muy reducida y muy pobre, y lo mismo la vivienda de los padres misioneros que ni aun puertas tienen en ellas. Tiene los ornamentos muy precisos y no más. Aquí se mantienen, para la escolta, de seis a siete soldados y no hay más en esta misión que es la última de todas y hasta donde se extiende y llega la California conquistada hasta el presente. En toda esta provincia no hay ni otros pueblos, ni misiones, ni otros establecimientos ni otra cosa más que despoblados y desiertos de que poder tratar e informar a Vuestra Excelencia.

Esto es, Excelentísimo Señor, lo que puedo decir e informar, a Vuestra Excelencia con ingenuidad, fidelidad y verdad de todo lo que es y hay en la California, lo que en ella se practica, se ve y se experimenta y del estado en que está, como que todo lo he estado oyendo, viendo y experimentando el tiempo de cuatro años que me he mantenido en ella. He sido en este informe algo prolijo, cansando la atención de Vuestra Excelencia en referir menudencias que bien pudiera haber omitido o con estilo más culto y más conciso

haber ceñido este informe, pero deseando la claridad y evitar la obscuridad y confusión he puesto mayor cuidado y conato en informar la verdad que en ceñirme y pulir más el estilo. Vuestra Excelencia con su alta comprensión espero que, hecho cargo de todo, disimulará las faltas y yerros que note en él. Ínterin Vuestra Excelencia no ocupa mi pequeñez y me intima sus apreciables y superiores preceptos, quedo pidiendo a la Majestad Divina le felicite y prospere muchos años. De este Colegio de San Fernando de México y abril 11 de 1772.

Excelentísimo Señor

Besa la mano de Vuestra Excelencia, su menor capellán y servidor.

Fray Juan Ramos de Lora [rúbrica]